
La Ofrenda de Antonio



Con sus manitas Antonio trató de quitar las arrugas de su saco viejito antes de entrar en la escuela dominical. Con ciertas dudas quedó mirando a señorita Emma, maestra de la clase, listo a correr en caso que ella fuera poco amable y no le invitare a pasar adelante.

“Adelante, mi hijo”, dijo ella con una sonrisa. “Bienvenido a nuestra escuela dominical. Puedes sentarte donde quieras”.

Quietecito Antonio se sentó, comenzó a ver los cuadros en las paredes y miraba las flores sobre la mesita. Abrió el himnario y leyó algunas palabras. Entones con una sonrisa, se acomodó en su silla manifestando su alegría. Alegre trató de cantar algunos de los himnos con los demás muchachos. Y muy pronto aprendió algunos de ellos. Le gustó mucho oír las historias bíblicas que señorita Emma les contaba. Entonces algo sucedió completamente inesperado para Antonio.

“Ahora nos toca juntar la ofrenda para Jesús,” dijo la señorita. “¿Fredy, nos harás el favor de recibir la ofrenda?”

Antonio miró atentamente mientras Fredy pasaba de niño en niño juntando centavos en una canastilla. Antonio se movía nerviosamente porque él no tenía nada que dar, ni un centavo.

“Cómo quisiera tener algo para Jesús también”, pensaba con tristeza. “Yo no le conocí hasta hoy. Sé que me ama y yo le amo también. Quiero mostrar mi amor con una ofrenda”. Pero cuando la canastilla pasó en frente de Antonio, nada podía hacer mas que voltear la cabeza con tal de que nadie viera las lágrimas en sus ojos.

“Tal vez esta semana puedo conseguir algunos centavos”, así pensó al salir de la iglesia. “Ojalá que pudiera encontrar alguna ficha tirada en la calle”.

Pero la semana entera pasó. Aunque él había estado buscando bien, no encontró ni un solo centavo. Cuando le pasaron la canastilla otra vez el domingo, volteó su rostro y movió la cabeza.

“Debe haber alguna forma que yo puedo conseguir algo de dinero”, pensó Antonio. “Tal vez Jesús me mostrará la forma”. E hizo una oración muy sinceramente del corazón. “Amado Jesús, ¿sabes alguna manera para que yo consiga dinero? Yo quiero darte una ofrenda, porque te amo y sé que Tú me amas”. Nunca había oído hablar de Jesús, ni de la oración ni de la Biblia hasta el día que por casualidad entró en la escuela dominical.

Aquella noche al acostarse en la cama se puso a pensar. “Ya que no pude encontrar dinero, tal vez habría forma de ganarlo”.

“¿Qué puedo hacer para ganar centavos cada semana para Jesús?” él preguntó.

El día siguiente se fijó que abandonado en un aparador en la casa estaba una lata de pasta para lustrar zapatos que a nadie le había servido. ¡Qué buena idea!

“Yo puedo lustrar zapatos”, exclamó. Así salió a la calle con su pasta y sus trapos. Anduvo gritando, “¡Lustre, diez centavos; lustre diez centavos!” Como diez centavos era precio muy barato, encontró a muchos clientes. Apartó dos fichas de diez para comprar más pasta. Lo demás metió en la bolsa para ofrenda de la escuela dominical. Toda la semana trabajó después de las clases en la escuela lustrando zapatos. Sus brazos le dolían en la noche, pero las fichas cantaron en su bolsa.

Aquel domingo, cuando pasaron la canasta, Antonio rebotando de alegría, dejó caer dos billetes en efectivo en la canastilla.

“Son para Ti, amado Jesús”, él habló en su corazón.